

José Renau

En el número 20 de «Tiempo de Historia» y en el excelente artículo «La música durante la guerra del 36», escrito por D. Francisco Caudet, aparece un error al citar al que suscribe estas líneas, Juan Renau, como Director General de Bellas Artes y repitiendo, más adelante, mi nombre y apellido como autor de comentarios y fijando puntos de vista (que yo compartía absolutamente, por demás) sobre la función de la música en aquella etapa tan dramática como decisiva. Juzgo que el error ha sido fácil cometerlo, ya que el que desempeñó la Dirección General de Bellas Artes durante nuestra guerra civil fue mi hermano mayor, José Renau, alma y motor de «Nueva Cultura», revista que en su período inicial —un tanto romántico-heroico— agrupaba a un reducido y estusiasta número de redactores y colaboradores del que formé parte en mis años de estudiante universitario y de Bellas Artes, grupo que con nuestros escasos ingresos —proporcionados por clases particulares— y los profesionales de mi hermano Pepe, sufragaba, ilustraba, escribía y vendía la revista en los casinos republicanos, agrupaciones obreras, etc. Por lo tanto, como mi nombre y apellido aparecía junto a los de mi hermona José Renau en «Nueva Cultura», resulta muy fácil (como decía más arriba) cometer el error que, desde un punto de vista de rigor histórico, me creo obligado a advertírselo en bien de la magnífica publicación «Tiempo de Historia», por mi hermano José Renau y, en último lugar, por mí mismo. ■ JUAN RENAU.

HEIDEGGER Y EL NACIONAL-SOCIALISMO

Tras la lectura de las breves notas hagiográficas sobre Heidegger escritas por Fernando Savater en el n.º 20 de «Tiempo de Historia», creo que son obligadas algunas precisiones de carácter exclusivamente metodológico (...).

Pienso que, ante esas notas, un buen número de lectores habrá extraído una conclusión ciertamente desenfocada, atribuyendo a Heidegger una fugaz (¿candorosa?) militancia en el N.S.D.A.P., vinculación que quedaría definitivamente solventada cuando aquél, disuelta su «ilusión por el nazismo», rompiera un cartoncito con la svástica a su nombre y, con él, diera el carpe-tazo, para comodidad de exégetas futuros, a sus compromisos con esa

dialéctica del terror y la irracionalidad que fue el nacional-socialismo. No puede trivializarse la historia; ocurre con el pensamiento socialmente difundido algo, para algunos, molesto y que se empeñan en marginar: su objetivización (o «autonomización» más allá de la voluntad implícita o explícita del sujeto emisor) en el campo del conflicto ideológico; como ha observado Lionel Richard, «aunque el escritor (...) se disimule detrás de temas y palabras aparentemente neutras, tiene a su disposición una lengua tramposa: es prisionero de su discurso; en lugar de dominarlo, esta encerrado en la jaula de una retórica». Estoy lejos de pretender asimilar, simplistamente, la totali-

dad de la producción intelectual de Heidegger al proyecto nacional-socialista, pero sí me interesa recalcar que, para una seria investigación sobre las relaciones entre una y otro no es a los períodos de militancia formal ni a las frases más o menos inequívocas de los discursos a los universitarios adonde hay que acudir, sino, más profundamente, a los circuitos que conectan un pensamiento filosófico concreto con un determinado complejo ideológico. En este sentido, no parece aventurado apuntar que aquellos circuitos van estableciéndose, pausada y silenciosamente, durante los primeros treinta años del siglo y no sólo a partir de Heidegger (un «a partir», en todo caso, coyuntural: el mismo es, en gran parte, vocero de una crisis social global), sino, también, y más directamente, en función de un elenco de intelectuales orgánicos (Carl Schmitt, en el terreno jurídico, sería un simple ejemplo) que se debaten, como él, en las contradicciones del irracionalismo contemporáneo; un irracionalismo, en definitiva, en el que se resume el núcleo de la, para llamarla de algún modo, actitud nacional-socialista ante la vida.

Si hoy podemos considerar científicamente perfilada la historia de las ideas (historia de la producción ideológica) es, precisamente, porque contamos con una metodología apta para ir estableciendo las tensiones entre el pensamiento y la acción sociales, tensiones realmente más profundas que las que puedan cifrarse en la descripción de unas simples peripecias biográficas. Creo que la contribución del filósofo de la Selva Negra a la creación de un ambiente intelectual idóneo para la aceptación del proceso de fascitización (contribución, para mí, indudable) debe ser examinada con más rigor. Hace ya más de cien años que Marx recordaba cómo es siempre posible mover montañas históricas por obra de la fe; frente a las incontenencias malabares del pensamiento hay, es una opinión, un sólo y ya viejo remedio: el análisis científico. ■ JAVIER JIMENEZ CAMPO.